

Por el calor hay savia en las plantas, verdor en las praderas y colinas, armiño en los lirios y azahares, nácar en las rosas y perfumes en el ambiente.

También por él hay sangre en las venas, rosas en las mejillas, auroras en los labios, destellos en las frentes, soles en los ojos, y esperanzas y ensueños y grandezas en las almas!.....

* * *

Pero... que no se aleje el sol de la juventud; que no toque á su término la Primavera de la vida; que el Invierno no trueque en amarilla hojarasca el lozano follaje de los dorados ensueños y las benditas esperanzas; porque entonces habrá, por sangre, hielo en las venas, rugas en las mejillas, crepúsculos en los labios, sombras en la frente, tinieblas en los ojos y abismos insondables en el alma!....

Y no se ha menester para que semejante cambio se opere, el lapso de muchos años; que las decepciones operan en breve tiempo los propios lamentables estragos.

Y así os encontraréis en un momento inesperado, con que la juventud se alejó y ya no hay flores en vuestro sendero, ni perfumes en vuestro ambiente, ni esplendores en vuestros días, ni luceros en vuestras noches, ni consuelos en vuestro corazón!....

* * *

Los jóvenes se reunirán, se harán partícipes de su franco regocijo, se agruparán gozosos en torno los unos de los otros, para entregarse á francas alegrías y halagadores entretenimientos; pero para nada contarán con

vosotros, que, si les dirigís la palabra, no haréis más que provocar sus enojos ó su desprecio.

Ah! los desdichados estamos de más en la vida!...

Alejémonos!.... cedamos el campo á los que pueden ser felices.

Arranquemos, siquiera sea por la fuerza, las raíces que echaron en nuestro corazón las esperanzas!...

* * *

El calor es el hogar, el calor es la familia, el calor es el cariño de la mujer amada.

Si el fuego del hogar está próximo á extinguirse, si la familia se va á acabar con vosotros, si la mujer amada os retira su amparo y su deseado abrigo... está bien; cruzaos de brazos, exhortad á la muerte á que se aproxime pronto, contemplad serenos la huesa que á vuestra vista se cava, aceptad la idea de la nada, por más aterradora que se presente, conformaos con la proximidad de los gusanos que muy pronto harán presa de vuestro cuerpo.....

¿Estáis enfermos? ¿Pensásteis que vuestro mal había de conmover á los seres que os son allegados?

En vano pretendéis evadiros de vuestro final destino asiéndoos desesperados á cuanto pueda significar aliento y esperanza.

¿Estáis enfermos? ¡Bueno! Allí están los hospitales. La beneficencia lo ha previsto todo. Encontrareis en ellos un lecho, un platillo, un botiquín y un enfermero.....

Después... alguien se encargará de conducir vuestros despojos á su última morada!

¿Qué ambicionáis? ¿los consuelos del cariño? ¿el ca-

lor del corazón amante? ¿las dulzuras y las sublimidades de la abnegación?

¡Vano empeño! ¡si al cabo tendreis que despediros de todo!

Está bien que se halague y se ayude y se caliente en amoroso regazo al que es de este mundo, al que tiene sobrados los elementos necesarios para la vida; pero abrazar á un cadáver, acariciar un cuerpo casi frío, que bien pronto habrá de convertirse en podredumbre. . . . ¡qué horror!

*
* *

¡Fuera loco empeño!

La mujer que ambicionásteis, y á quien habiais consagrado toda vuestra vida, hará bien en olvidaros.

¿Qué vida podeis ofrecerle si no contais con ninguna?

Ella será feliz al lado de un hombre que tenga vida en el cuerpo, sangre en las venas, color en las mejillas, brillo en los ojos, sonrisas en los labios y ardiente fuego en el alma.

No lloréis, no; ó si lloráis, que el mundo no lo sepa, porque hay angustias que no deben asomar á la cara, y lágrimas que no tienen derecho de brotar á los párpados.

PERICO EL DE LOS PALOTES.

COSAS QUE HACEN FALTA.

LA PEDAGOGIA.

Y cuando digo que *hace falta*, hay que entenderlo en términos hábiles, porque, por ejemplo, para ser miembro de un Congreso *pedagógico*, está demostrado prácticamente que no se necesita para maldita la cosa.

Ahí está el Sr. Mateos que no me dejará mentir. "Se me crisan los nervios, ha dicho, cuando oigo hablar de la terminología pedagógica, que es para mí un intrín-gulis del todo comparable á la jerigonza de los teólogos." (Son palabras tomadas del primero y más furibundo de los discursos que ha pronunciado en la tribuna del Congreso de Instrucción, como representante del Gobierno de Hidalgo.)

A mí también se me crisan, y francamente no me explico por qué razón se olvidaron de mí todos los gobernadores al hacer el nombramiento de diputados. Sí, se me crisan tanto como al Sr. Mateos, ó más todavía, y por lo mismo es una injusticia que se me haya excluído del Congreso, injusticia contra la cual protesto solemnemente y en forma legal.

*
* *

Item más: tampoco *hace falta* la Pedagogía para *educar* ni para *instruir*; pues es cosa igualmente demostrada, que no la poseen ni el uno al millar de los profesores de instrucción primaria, preparatoria ó profesional de la República, y sin embargo, todos *enseñan*.

Y enseñan mucho en calidad y en cantidad: la prueba sea que han *sacado* y siguen *sacando* muy buenos discípulos. En nuestras escuelas se han formado los hombres más prominentes de México en achaques de ciencias y de letras; es así que hemos tenido y tenemos muchas eminencias en casi todos los ramos del saber humano: luego nuestras escuelas no tienen *pero* que valga. Me permito llamar la atención de los lectores, en calidad de *á mayor abundamiento*, sobre que el silogismo que acabo de formular es prueba evidente de que mi maestro ó *maistro* de Lógica [como dicen en el Congreso de Instrucción], sabía lo que traía entre manos.

Por otra parte, dicen por ahí que los padres de familia también necesitan saber Pedagogía para educar bien á sus hijos, y creo que éste es un solemne disparate. Yo no sé de ningún jefe de casa (esto no quiere decir que no los haya) que conozca algo de tan obscura ciencia, ó arte ó lo que sea, y, sin embargo, apenas si hay muchacho que no sepa más de lo que le han enseñado

* *

Pero la Pedagogía es, á lo que veo, una cosa muy alta, muy obscura, muy profunda. Yo creo que debe ser clasificada entre las *ciencias ocultas* que raros y privilegiados mortales tienen el don de poseer. Por eso el Sr. Rebsamen es el *mago* del Congreso de Instrucción. Yo cierro los ojos y me lo imagino con traje talar, turbante y una varita mágica en la mano . . . Y cuando estoy delante de él, me parece adivinar no sé qué de misterioso y sobrenatural á través de sus lentes. Cuando mira de soslayo á alguno de sus compañeros de Congreso, y se

contraen sus labios desdeñosamente, me parece que dice para sí: "¡Pobres hombres!"

Y entonces sí creo que *hace falta* la Pedagogía, porque pienso: si yo la poseyera, sería un ser superior.

Pero no; volviendo al Sr. Rébsamen, tengo que declarar solemnemente que no sabe nada, que es un ignorante, presuntuoso, ridículo, etc., etc. Hago esta declaración, para que el señor diputado Baz no me denuncie como traidor á la patria; porque al fin y al cabo se trata de un extranjero, y los mexicanos dignos jamás nos doblegaríamos ante su saber (en caso de que lo tuviera, se entiende).

* *

Cuando vino á México Sarah Bernard, me lamenté amargamente de no poseer bien el francés; cuando asistí á las representaciones de la Compañía Emmanuel, hubiera dado un ojo de la cara por entender la *bella lingua*, y cuando presencio una disputa entre dos *yankees*, me doy á todos los diablos por no saber el inglés. Del mismo modo cuando asisto á las sesiones del Congreso de Instrucción, echo de menos la Pedagogía.

Sí, porque de las discusiones de esa H. Asamblea entiendo menos aún que de la algarabía de los *primos*.

¡Qué había de entender! Figúrense ustedes que un diputado propone, por ejemplo, las *lecciones de cosas*, y otro contesta que tales lecciones son un solemne disparate; éste habla de *enseñanza objetiva*, y aquél le replica que ese es un desatino; uno alude á la *Caligrafía*, y otro contesta que qué Caligrafía ni qué ocho cuartos; alguien habla de *educación popular*; y no falta quien diga que esa es una monstruosidad pedagógica; fulano dice

que las *escuelas mixtas* son convenientes y aun necesarias, y zutano le echa en cara su inmoralidad recordándole que “entre santa y santo, pared de cal y canto;” por último, se pregunta si los locales de las escuelas de párvulos deben satisfacer todas las condiciones higiénicas y pedagógicas, y algún diputado grita:

—¡Nooooo!

—¿Por qué?

—¡Porque no me da la gana!

Conque, vaya cualquiera al Congreso y dígame en seguida si no *hace falta* la Pedagogía para sacar algo en limpio de aquellas valientes discusiones.

En resumen: para ser miembro del Congreso de Instrucción, no se necesita saber Pedagogía, porque cada uno es muy libre de opinar allí como se le antoje; pero para concurrir á las galerías del mismo, sí se necesita saberla, porque si uno no adivina lo que quieren decir los diputados, dirán éstos y con razón: ¡Quién les manda no aprender Pedagogía!

* * *

Ya que tanto he hablado de este asunto, voy á proponer una duda que tengo hace mucho tiempo, para que me la resuelva el *El Cura de Jalatlaco, Pirulín, Monaguillo* ó quien guste resolvérmela, aunque sea el Sr. Barrios de los Ríos. El Diccionario de la Real Academia de la Lengua no da á la palabra *pedagogo* más que estas acepciones:

Ayo.

Maestro de escuela.

El que anda siempre con otro, y lo lleva por donde quiere, ó le dice lo que ha de hacer.

¿Cuál de ellas conviene á la mayoría de nuestros . . . *pedagogos?*

Ofrezco un bonito premio á la persona que resuelva ese acertijo, rompe-cabezas ó como ustedes quieran llamarle.

PERICO EL DE LOS PALOTES.

COSAS QUE HACEN FALTA.

LA PAZ.

Homo homini lupus.

Cuentan que un señor *Hobbes*, de quien no sé otra cosa fuera de que se apellidaba así, (y ni aun de eso estoy seguro, porque puedo haber puesto alguna letra de más ó de menos), aseguraba, y no bajo su palabra, sino fundado en hechos ciertos, y sobre ciertos, contundentes, que la humanidad ha sido, es y será *una turba de lobos*, idea que bonitamente expresada en el idioma de los Quintilianos y Cicerones, se convierte en la frase que acabo de tener la satisfacción de trazar como epígrafe.

Y digo la satisfacción, porque eso de sacar á relucir á las vegadas tal ó cual locucioncilla latina, cosa es que no carece de *chic*, y que en pudiendo no debe dejar de hacerse, por más que sea uno un Perico el de los Palotes. De ahí que me haya formado la resolución firmísima de demostrar, y lo demostraré más tarde, si Dios no lo remedia, que una de las *cosas que hacen falta* es el latín.

Pero volviendo al señor *Hobbes*, á quien deseó ha-

cer todos los cumplidos que se merece, diré sin preámbulos ni ambages, que soy el más acérrimo partidario de su doctrina.

Sí, porque desde que tengo uso de razón (cosa que bien puede supornese, aunque sea sin conceder), casi no he presenciado en el mundo otra cosa que desavenencias, disgustos, discordias, rencillas, controversias, pendencias, riñas, desafíos, pleitos, batallas, *bolas*, etc., etc., entre los diversos individuos de la especie humana, que parecen haber venido á este mundo con la misión principalísima de arañarse y morderse los unos á los otros, bien así como los perros y los gatos.

Tan cierto es esto último, que casi me he visto tentado de dar un *vel* al apotegma de Hobbes, poniéndolo en esta forma *Homines canes et cati*. Pero en fin, si ustedes se empeñan, lo dejaré por ahora tal como está.

Riñen los niños de escuela y los que no son de escuela, porque voló una mosca ó porque no voló; riñen los hermanos con los hermanos, los padres con los hijos, los maridos con sus mujeres, y en general, los miembros de una familia (máxime, por supuesto, los suegros con los yernos), riñen unas familias con otras, los comerciantes con los comerciantes y con los parroquianos; los músicos con los músicos, porque cada uno de ellos quiere ser superior á todos los demás; los artesanos entre sí, por la misma razón; los médicos entre sí, por idem; los abogados, porque para algo son abogados, y los soldados, porque si no hubiera riñas, quiero decir, si no hubiera guerras y disturbios, para maldita la cosa servirían los soldados. (Y recíprocamente, si no hubiera soldados . . . etc.)

Y si seguimos escudriñando, veremos que en todas partes hay riñas, desde la cocina, en que las señoras

emprenden descomunales contiendas por la cebolla ó el tomate, hasta los aristocráticos salones en que el buen tono y la diplomacia enseñan á los hombres á injuriarse decentemente y con todas las reglas del arte.

Que en los teatros hay riñas entre bastidores, todos lo sabemos, aunque no sea más que por *Campanone* y otras piezas análogas; que las hay también fuera de bastidores, es decir, entre los concurrentes, cosa es que á todos nos consta de vista y ciencia cierta.

Y así sucesivamente: las hay en las calles, en las plazas y paseos, en los juzgados, en los liceos y academias, en toda clase de sociedades científicas ó recreativas, en las mutualistas y de beneficencia que llevan por lema *unión y concordia*, entre los empleados de una misma oficina, los dependientes de las casas mercantiles, entre los novios y sus novias (¡vaya si las hay!), entre los curas y los sacristanes, y por no dejar, hasta entre las monjas y toda clase de ancianas beatas, que entre Padre nuestro y Ave María, suelen propinarse dosis no pequeñas de católicos y santos improprios.

Hay rivalidades y contiendas no sólo entre los individuos de una misma familia, como antes he dicho, sino también entre una casa y otra casa, entre una acera y la de enfrente, entre un barrio y otro barrio, entre una aldea y las inmediatas, entre un pueblo y el pueblo vecino, entre una ciudad y otra ciudad, de municipio á municipio, de distrito á distrito, de Estado á Estado, y por último, de nación á nación.

Se matan los hombres por diversos modos y con múltiples artificios. Estudian, observan y se devanan los sesos inventando máquinas que siembran el terror y el exterminio por todas partes. Libran batallas en los campos, en los montes, en las ciudades y en los mares; y

no contentos con eso, buscan la manera de perseguirse y aniquilarse en las profundidades del océano.

Los pueblos que más alto papel han desempeñado en el mundo se han distinguido por sus tendencias belicosas, por el número de sus batallas y el de los enemigos que mataron ó redujeron á esclavitud.

La historia de la humanidad no es al fin otra cosa que una cadena de invasiones y conquistas: los pueblos fuertes subyugando á los débiles, y los débiles luchando siempre por la libertad!

.
Pero noto que ya iba tomando cierta entonación oratoria capaz de ponerme en evidencia. ¡Qué barbaridad!

Creo que lo dicho es prueba plena del sapientísimo *homo homini lupus*.

Aunque estoy por decir que anduvo corto el Sr. Hobbes, pues, si bien se ve, somos los hombres peores que lobos, y que los gallos, y que los perros y los gatos.

Cierto que en el mundo zoológico no es el hombre el único que da claras muestras de instintos bélicos. El *torva leona lupum sequitur* . . . de Virgilio, que muchos han considerado como la ley del amor, no es á mi entender sino la ley de la guerra, de las persecuciones, de los ataques, de los poderosos y las desdichas de los débiles.

Las infatigables abejas, á pesar de sus pacíficas y ordenadas costumbres, abandonan á veces la colmena, se dividen en bandos, eligen sus generales, se elevan en los espacios para maniobrar con mayor libertad, se ponen frente á frente los ejércitos enemigos y libran batallas dignas de ser dirigidas por Alejandro y Napoleones.

Y hasta en el mundo microscópico, al decir de Pelletan, "los monstruos infinitamente pequeños se disputan, con un heroísmo militar digno de la Iliada, la posesión de una molécula"

.
En conclusión, y para no alargarme más de lo que permiten las buenas costumbres de escritores prudentes y medidos, sentaré como cierto y averiguado de todo punto, que do quiera que volvamos los ojos, hemos de mirar, como decía al principio, disturbios, contiendas, combates y sangrientas revoluciones.

Con razón Hobbes decía que para mantener la paz entre los hombres, se hacía necesaria una autoridad despótica y tiránica, que se impusiera por la fuerza y el temor.

Y á fe que muchas veces sólo el despotismo militar puede poner en paz á un pueblo de añejos instintos belicosos.

Pero qué paz!

Me pesa confesarlo; mas á pesar de lo que acabo de decir, me atengo mejor á Hobbes que á Juárez.

—El respeto al derecho ajeno es la paz.

—Sí; pero los hombres nunca han respetado ni respetarán mutuamente sus derechos: luego . . .

Y ser tan dulce, tan amable y tan deseada la paz!

Me duelen y me desesperan las desavenencias de mis prójimos. Y á ese paso me ha tocado en suerte, por no decir en desgracia, ingresar por angas ó por mangas al gremio periodístico, en el que, ¡triste es decirlo! las rencillas y disturbios están á la orden del día.

El *Siglo XIX* y *La Voz de México* se hacen desde sus columnas serias ofensas, que nada son, sin embargo, comparadas con las gravísimas injurias que *El Herald*